

FILOSOFIA EN LA TRANSICION

FRANCOIS HOUTART

– Sociólogo belga, profesor desde 1961 de la Universidad Católica de Lovaina.

Director del Centro de Sociología Religiosa de la Facultad de Ciencias Económicas Sociales y Políticas de esta universidad, autor de varios libros e investigaciones sobre distintos países del Tercer Mundo.

Cuando la contrarrevolución está asesinando cada día a campesinos, mujeres y niños; cuando el ejército tiene que movilizar a millares de jóvenes retirándolos de la producción o del estudio; cuando el imperio trata de arruinar la economía del país, hacer filosofía parece un lujo casi insoportable. Pero no lo es en una perspectiva de totalidad. Lenin decía que la filosofía es una arma de la lucha de clases. Podemos decir que en la situación de Nicaragua, la filosofía, bien entendida, es también una arma de la lucha revolucionaria y de la construcción social.

De hecho, visto desde el exterior, puede parecer extraño que a pesar de todo esto, las contribuciones del Segundo Coloquio Nacional de Filosofía hayan sido de tanto valor. Representan aportes reales a un pensamiento que sobrepasa las fronteras de Nicaragua. Sin embargo, la mayoría de los que han hecho las ponencias son personas comprometidas en campos no exclusivamente académicos. Realmente, la Revolución obliga a reflexionar de otra manera.

En una situación como la de Nicaragua, existe para los intelectuales comprometidos en el proceso socio-político un problema real: el de evitar las discusiones puramente abstractas o solamente en relación con otras experiencias revolucionarias. El Segundo Coloquio Nacional, no ha caído en este error. Los aportes teóricos corresponden a problemas reales y varias contribuciones ayudan a un mejor conocimiento de la sociedad nacional. Hace algunos años, en Sri Lanka, asistí a discusiones, donde los protago-

nistas conocían mejor todas las tendencias de la Tercera y de la Cuarta Internacional y se peleaban sobre esta base, pero no tenían un conocimiento serio de su propia sociedad. Evidentemente, la historia es importante y a menudo se pueden evitar obstáculos o errores con un poco más de conocimiento histórico. Para citar un caso: la experiencia vietnamita de la reforma agraria y de las cooperativas y comunas, que he tenido la oportunidad de estudiar, aun cuando son muy diferentes de la situación de América Central, pueden dar enseñanzas particularmente útiles sobre, por ejemplo, la necesidad de respetar siempre la dialéctica entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción en todos los pasos de la transformación agraria.

Al contrario de lo que encontramos en esta publicación, se ha notado que la cultura latina tiene como rasgo particular el de ser abstractamente especulativa. Esta característica histórica no es un hecho puramente geográfico ni tampoco ideológico. La cultura latina fue en el continente latinoamericano, el canal de transmisión del Renacimiento europeo, pensamiento brillante de una burguesía que, por sus actividades mercantiles, había creado la posibilidad de una cultura "en sí", totalmente desvinculada de las clases subalternas. Especulativa en todo orden, -jurídico, político, filosófico- esta corriente de pensamiento ha invadido todos los ámbitos de la construcción cultural dominante. Significa, por tanto, que para las clases privilegiadas ella ha servido como interpretación global de lo real, orientación de la praxis, configuración general de

toda la sociedad y determinación de los comportamientos individuales. En un proceso dialéctico, ella sirvió también de instrumento de dominación, en tanto que factor constituyente de la reproducción social. Sin embargo, en su origen, más que hecho puramente cultural, era el resultado de las condiciones ofrecidas por un capitalismo mercantil. Los rasgos de este tipo de cultura existen todavía hoy, como fuentes de prácticas intelectuales y de modelos mentales. Es precisamente una revolución, como la de Nicaragua, la que obliga a cambiar fundamentalmente las perspectivas.

La confrontación con la realidad social, económica, política y aun militar, orienta la práctica colectiva hacia medidas de planificación general y de rectificación constante frente a los efectos no previstos. Esa es la característica de un período de transición. Uno experimenta en estas circunstancias las limitaciones del saber humano y, en particular, la falta de conocimiento de los mecanismos sociales. Cuando la tradición ha privilegiado un pensamiento especulativo, la transformación mental a realizar es todavía más fuerte y más dura. Sin embargo, la capacidad humana especulativa es útil y provechosa como forma de sobrepasar siempre lo inmediato y de alimentar un dinamismo creativo; pero a condición de estar en continua referencia a la realidad económica, social y cultural, actual e histórica.

Precisamente, en este sentido, existen caminos fructuosos para una filosofía nicaragüense. Cuando se estudia el pensamiento indígena centroamericano, particularmente en sus dimensiones campesinas, se nota una extraordinaria perspectiva "materialista". Seguramente era un mundo rico de representaciones, pero muy ligadas a la sobrevivencia, la producción, la salud, la reproducción biológica y social. La eliminación cultural de este pensamiento en el proceso colonial y la dominación cultural de una filosofía especulativa, ha sido un elemento central de la lucha de clases en la empresa del capitalismo mercantil de los siglos XV y XVI. Una gran parte de los historiadores han notado el papel fundamental de la religión en este proceso de destrucción cultural. Sin embargo, hubo también otras fuerzas que jugaron un rol importante y que tal vez no han sido bastante estudiadas hasta ahora. Las corrientes filosóficas integran seguramente estas fuerzas.

Por otra parte, en Nicaragua, las expresiones culturales del mestizaje están todavía muy presentes en la cultura popular contemporánea. En las fies-

tas, las danzas, los cuentos, las creencias populares campesinas, el Europeo (Español) aparece como un ente superior, si no en inteligencia, por lo menos en fuerza. La superioridad del Indio, aparentemente negada en una actitud de tipo masoquista, en realidad, está afirmada por su propia negación y aparece de manera muy sutil en las expresiones simbólicas.

Se nota así la doble contradicción, por una parte, entre el pensamiento especulativo de la cultura dominante y la referencia materialista fundamental de la cultura indígena y, por otra parte, entre el grupo europeo dominante y el pueblo indígena dominado. Es en este sentido que el descubrimiento y un mejor conocimiento de la cultura indígena, en su dialéctica con la larga dominación, puede ser una fuente importante del pensamiento filosófico actual. No se trata de una obra de arqueología o de antropología cultural para satisfacer una curiosidad puramente intelectual, sino un trabajo fundamental en relación con la situación concreta del pueblo.

Evidentemente, hoy día en Nicaragua, otros factores han influido sobre las representaciones colectivas y sobre la lucha de clases. Ellas están menos determinadas por la pertenencia racial y más directamente por elementos económicos. Ello se verifica en la zona del Pacífico, donde el capitalismo agrario ha estado particularmente representado por las culturas del café y más todavía del algodón; como también en la Costa Atlántica, caracterizada por un capitalismo de enclave y una dependencia total en el dominio de los intercambios. Sin embargo, sería muy peligroso ignorar las bases antiguas de la lucha de clases que continúan existiendo hoy. En realidad, las nuevas bases del capitalismo dependiente se caracterizaban por una sumisión muy débil del trabajo al capital, lo cual dejaba un espacio mayor a las otras características de la reproducción social: familia, comunidad, hacienda, religión. Por ello, las nuevas raíces de una conciencia de clase no se desarrollaron de manera fácil. Por la misma razón, en el proceso revolucionario contemporáneo, la dialéctica entre la situación estructural y la toma de conciencia se ha desarrollado de manera bastante original en América Central y también en Nicaragua. En los medios urbanos, intelectuales y obreros, la corriente del pensamiento marxista ha sido seguramente la más fundamental, pero no exclusiva. En los ambientes rurales, una nueva conciencia religiosa ha servido de base a una nueva articulación del pensamiento global y también

de la praxis política. Este factor tendría que ser estudiado también dialécticamente.

Formular todo esto en un período de transición es una tarea muy difícil, pero indispensable para el proceso revolucionario. Exige, al mismo tiempo, una praxis, investigaciones (las Ciencias Sociales), y un pensamiento filosófico. Es el papel histórico de Nicaragua, uno de los más pequeños países de América Latina, en el período actual

de la historia del continente. Eso significa tanto una gran responsabilidad, como una tarea exaltante para el filósofo, seguir, acompañar, orientar la revolución de Nicaragua en su dinámica, en su dialéctica propia; es decir, a la vez vivida como movimiento social popular y analizada por las Ciencias Sociales. Es una tarea multiforme, donde los protagonistas son numerosos y donde las clases populares campesinas y urbanas tienen también su papel como sujetos de la historia.

